

# MORRIS WEST



EL OJO  
DEL SAMURAI

El desastre económico y social amenaza a la Unión Soviética. El hambre se cierne sobre centenares de millones de seres humanos. El gobierno ruso apela a la ayuda de consorcios de capitales alemanes y japoneses. El alemán Liebig y el japonés Tanaka responden a la llamada, movilizando millones de dólares para organizar una red de producción y distribución de alimentos. En Bangkok se reunirán todos: financieros y técnicos, expertos y políticos para discutir con el ruso Vanikov las condiciones del plan, bajo la dirección de un moderador, el australiano Gil Langton. Sin embargo, la empresa no es fácil y los obstáculos se multiplican.

Sobre este entramado que es el destino de una nación, se teje el perfil de una serie de dramáticos destinos individuales. Más que nunca, por lo tanto, la pluma maestra de Morris West encuentra el equilibrio perfecto y vital entre los grandes hechos históricos y las vivencias apasionadas de los seres de carne y hueso que pueblan sus páginas.

## Reconocimientos

**N**O habría sido posible escribir este libro sin la ayuda y el consejo de muchos amigos de las comunidades internacionales de la diplomacia y las finanzas. Se trata de profesiones que padecen una susceptibilidad especial, de modo que mis informantes han preferido conservar el anonimato.

Pero puedo nombrar a un benefactor, mi estimado amigo David Ashley-Wilson, amable compañero de mi última visita de trabajo a Malasia, Indonesia, Tailandia y Japón. Le envió mi agradecimiento, lo mismo que a todos los demás que me ofrecieron la cortesía de sus casas y el don de su experiencia.

M. L. W.

*Circo. Un lugar donde los caballos,  
los ponis y los elefantes pueden  
ver la absurda conducta de los  
hombres, las mujeres y los niños.*

**Ambrose Bierce**  
***The Devil's Dictionary***  
**(1881 - 1911).**

# 1

**N**O era el momento más oportuno. Los iraquíes se habían apoderado de Kuwait. Los norteamericanos habían comenzado a volcar tropas y blindados en Arabia Saudita. Había muchas probabilidades de una guerra general en el futuro inmediato. El índice *nikkei* había descendido al nivel del piso. Las ondas de la crisis se difundían en todos los mercados de valores del mundo. Pero por el momento yo estaba muy alejado de esas duras realidades.

Yo era huésped de la casa de campo de Kenji Tanaka, en las tierras altas de la provincia de Nagano; era una antigua y principesca propiedad, asentada en el anillo de un antiguo volcán. La mañana que siguió a mi llegada mi anfitrión me entregó un grueso documento escrito en japonés, y después viajó en helicóptero a Tokio. Me instalé en la vieja casa de té junto al lago, y comencé a revisar los papeles.

Era la estación denominada de los arcos en llamas. El cielo tenía una coloración azul hielo, y estaba surcado por flecos de nubes a los que apuntaban los riscos del anillo del cráter, sombríos y amenazadores. Entre los altos picos el aire era frío; pero en lo profundo de la cuenca se mantenía tibio y quieto. El lago, circundado por jardines y terrenos en barbecho, era una superficie lisa, reluciente como laca antigua. A los costados del sendero que llevaba del lago a la vivienda, los colores de los arcos fluían rojizos, dorados y carmesíes, como un corredor de fuego a través de la sombría espesura de los pinares. Después del nervioso hor-

miguero de Tokio y Osaka, la soledad era un bálsamo para el espíritu...

Yo siempre había experimentado una extraña melancolía frente al paisaje japonés, un sentimiento acentuado por el torturado formalismo de la vida y la costumbre; pero aquí, en este valle escondido, la tristeza parecía suavizarse. Incluso la nube oscura que se había cernido sobre mí después de la muerte de mi esposa se había atenuado un poco, para mostrar en los bordes un leve destello plateado.

Todos mis amigos, e incluso mis hijos, sumidos en su propio dolor, me habían asegurado que el tiempo me curaría el corazón, y que el trabajo calmaría el sufrimiento. Pero muy pronto descubrí que el tiempo transcurría sin cambios, y que el trabajo era un narcótico que en definitiva me dejaba con los ojos irritados y una prolongada resaca. De todos modos, el documento de Tanaka era algo más que trabajo. Era —o por lo menos podía ser— el desafío más importante de una vida. A la hora del almuerzo aún había asimilado únicamente el preámbulo. Hacia el final de la tarde había echado una ojeada a todo el documento —un material denso, de razonamiento apretado, y abundantes condicionamientos, en el estilo propio del mundo empresario japonés— y estaba convencido de que encerraba posibilidades enormes y sugestivas. Aún intentaba conciliar con la extensión y el alcance del tema cuando oí el repiqueteo de los rotores. El helicóptero de Tanaka descendía lentamente alrededor del embudo del cráter, para aterrizar sobre la playa, al extremo del lago.

Kenji Tanaka descendió y se alejó, agachado, del movimiento de las paletas del rotor. Después se irguió, saludó con la mano al piloto y permaneció de pie, esperando, hasta que la máquina sobrepasó el borde del cráter y viró hacia el oeste, de regreso a Tokio.

Era alto por tratarse de un japonés. Tenía los cabellos grises, pero la piel era suave como marfil viejo, y se movía como un atleta: el cuerpo flexible, el gesto económico, pe-

ro siempre preparado para reaccionar con rapidez. Tenía puesto un traje de calle y un abrigo, ambos confeccionados en Londres. El gorro de piel era un regalo de los colegas de Moscú. No llevaba equipaje ni portafolios. Todo lo que necesitaba estaba aquí, esperándolo en la antigua casa oculta entre los árboles, en el pequeño santuario del templete, donde se honraba a las cenizas de su padre.

Había criados que lo servían día y noche, pero nadie vino a saludarlo. Incluso yo, el huésped que lo esperaba, no me acerqué a Tanaka. En este lugar exigía que los ritos de sus idas y sus venidas fuesen completamente personales. De modo que lo miré a través de la ventana de la casa de té.

Se puso en cuclillas a orillas el lago, y con mucho cuidado recogió un puñado de guijarros chatos, y examinó el tamaño y el peso de cada uno. Después, comenzó a arrojarlos rozando el agua, y midiendo las distancias que lo separaban del antiguo poste al que el jardinero amarraba su barcaza. Pero la secuencia de los tiros era más importante que la distancia. Primero, disparó ocho guijarros, y entonces emitió un breve y explosivo. —¡Ya! Después contó nueve— ¡Ku! Y finalmente tres —¡Sa! Sabía lo que estaba haciendo, porque en el curso de nuestros paseos a veces habíamos jugado juntos el juego.

Los números eran la secuencia más temida en el antiguo juego de los naipes orientales llamado *hanafuda*, que los tahúres solían jugar en las posadas rurales para esquilmar a los campesinos. La suma arrojaba veinte, y el cero final era el peor puntaje posible. Tanaka había aprendido el juego aquí mismo, cuando era niño. También había aprendido que cuando uno obtenía los mismos números podía distanciarse de la mala suerte. Los números también tenían otros significados; pero éstos se le habían revelado en un período ulterior de su vida, y no guardaban relación con este primitivo rito de la niñez.

Se golpeó las manos, para desprender la arena, y después se apartó del lago y comenzó a caminar tranquilamente por la avenida de arcos en llamas. Lo seguí a respetuosa distancia, pero pareció —o fingió— que no advertía mi presencia. Un centenar de pasos lo llevó a una pequeña pagoda erigida en un jardín de guijarros blancos y piedras negras. La pagoda era muy antigua, y la habían construido con pino desbastado a mano, afirmado con clavijas de madera. El techo estaba formado por tejas de cerámica verde, todavía lustrosas después de siglos.

A la entrada, sostenida por tiras de cuero en un marco de madera de teca, había un gong de bronce, de la altura de un hombre, con un martillo de madera. Adentro había una sola imagen del Buda, tallada en madera en el estilo Amida y pintada con oro antiguo. A los costados de la imagen, dos pequeños recintos donde se guardaban las cenizas del padre y el abuelo de Tanaka, con sus historias necrológicas anotadas en rollos suspendidos.

Tanaka rindió homenaje al Buda y a los antepasados. Encendió palillos de incienso y los aseguró en la vasija de arena. Después, cerró los ojos y permaneció muy quieto, renovando la experiencia que Hiroshi Teraro, el monje erudito, le había enseñado en su infancia: «Enciértrate en ti mismo, silencioso. Permanece inmóvil como una roca antigua. Deja que el río de la vida fluya alrededor de ti y sobre ti».

Le conocía desde hacía tiempo, un período suficientemente largo para comprender que ese lugar desnudo y antiguo era la fuente de la corriente vital de Kenji Tanaka, a quien incluso sus colegas más próximos llamaban el Hombre de Piedra. Había venido aquí cuando tenía diez años, en tiempos de la Gran Derrota, poco después de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki. Su padre se ocultaba, amenazado de muerte por los militaristas a causa de sus ruegos al gabinete y al emperador, a quienes pedía que terminasen con la lucha insensata. Para proteger a su espo-



sa, se había divorciado y la había devuelto a su familia. Después, había huido con su hijo a ese valle secreto, última reliquia de un antiguo feudo de la familia.

Había puesto a su hijo al cuidado de la familia campesina que administraba la pequeña propiedad, y bajo la tutela de Hiroshi Teraro, que había sido soldado y ahora era poeta, calígrafo y adepto a las disciplinas del Zen.

En este santuario los tres se habían sentado para escuchar el discurso de rendición del emperador. Por primera y última vez Tanaka había visto llorar a su padre. Después, había escuchado las palabras que continuaron resonando en su cerebro durante medio siglo: «Fuimos estúpidos y cobardes, engañados por criminales. Chapoteamos en la crueldad y dijimos que era el honor de los guerreros. Nos encerramos en un manicomio y arrojamos la llave. Así, nos convertimos en las primeras víctimas de la plaga atómica que ahora amenaza a toda la humanidad. Finalmente, se nos concedió la oportunidad —¡pequeña, pero en definitiva una oportunidad!— de construir un Japón nuevo, incluso quizás un nuevo mundo. Pero esta vez no podemos fracasar... Y tú, hijo mío, tendrás que representar tu papel, pero debes prepararte para eso. Durante un tiempo permanecerás aquí y estudiarás con tu maestro. Después irás al extranjero, a Europa, Inglaterra, Estados Unidos. Aprenderás las lenguas y las habilidades de otros pueblos. Más tarde, regresarás aquí y ocuparás el lugar que te habré preparado —y para el cual tú mismo te habrás preparado».

Sucedió como su padre había profetizado. Ahora Kenji Tanaka era presidente del Grupo Tanaka, un gigantesco conglomerado de bancos, compañías de seguros, corporaciones comerciales y empresas fabriles, con intereses en todos los países del planeta. Era director del pequeño y selecto consorcio que controlaba la política económica nacional. Poco antes había sido designado consejero personal del emperador. Su riqueza sobrepasaba todo lo que él podía haber soñado. Se había elevado a la máxima altura con-

cebible por un hombre. Pero todavía estaba en deuda, en deuda con su padre, con sus antepasados, el complejo total de la sociedad en que actuaba. Eso era *giri*, la cuerda de seda que lo mantendría sujeto hasta el día de su muerte. *Giri* era también lo que lo devolvía siempre a este refugio de la niñez para compartir el triunfo con su padre —a pesar de que sabía que podía compartir únicamente el silencio, y éste sólo con fantasmas— y conmigo que, siendo un *gaijin*, un extranjero, no contaba.

Los palillos de incienso continuaron humeando después que él se inclinó reverente y salió del santuario. Se puso los zapatos, y después se detuvo junto al gong, tamborileando levemente con las yemas de los dedos, sintiendo cómo el antiguo metal emitía una resonancia apenas audible. Alzó el martillo de madera —me había explicado que cuando él era niño le había parecido muy pesado, y de que Hiroshi Teraro siempre le recomendaba: «Uno no golpea el gong. Lo toca con la fuerza indispensable para iniciar el movimiento de las partículas en el metal, de modo que ellas produzcan sus propias armonías. Esta noche, cuando nos juntemos con los pinceles y la tinta, te mostraré cómo obtener la música, de modo que lo que veas en el papel arranque ecos a tus oídos...».

Y ahora, midiendo y espaciando los golpes con el mismo cuidado que si el viejo maestro estuviera observándolo, golpeó el gong una vez, dos veces, y otra. El sonido se desplazó en ondas a través del bosque, se elevó y produjo ecos en la cuenca del cráter. En la vieja casa, seguramente ya habían escuchado el gong, y ya estarían preparándose para saludarlo con las ceremonias que correspondían al amo que regresaba a la casa.

Kenji Tanaka sonrió, devolvió el martillo a su soporte y salió al jardín de rocas, y al sendero. No se sorprendió cuando yo salí de las sombras del matorral, me acerqué a su lado y caminé en silencio, el amigo con el amigo, los últimos cincuenta pasos que nos separaban de la casa.

En la casa, entre los árboles otoñales, Kenji Tanaka y yo fuimos recibidos con respeto feudal por los guardianes del dominio oculto. Formaban una pequeña tribu: el mayordomo de la propiedad, el agricultor y su esposa, los dos hijos de ambos con sus esposas y sus hijos, el jardinero, la cocinera, las doncellas y Miko, a quien Tanaka llamaba su esposa del campo, aunque ella no era la esposa ni, en rigor, una amante, porque venía o permanecía allí a su placer, a veces respondiendo al pedido de Tanaka, pero nunca a sus órdenes.

La gente que habitaba el lugar, generalmente cerrada y hostil frente a los extraños, la aceptaba sin vacilar como a la castellana. Las jóvenes la adoraban como a una hermana mayor y más hermosa, que siempre llegaba con interesantes regalos y partía despedida con tristeza. Ahora tenía cerca de cuarenta años, pero el paso del tiempo había dejado escasas señales en ella. Vivía en una aureola de extraordinaria serenidad, indiferente a la cólera o la malicia. La relación de Tanaka con ella era la más satisfactoria en la vida de este hombre. Así, en ese enclave tribal, Miko parecía la manifestación de todas las virtudes tradicionales de la mujer japonesa; afuera, ella era el piloto que lo guiaba sin hablar a través de los arrecifes y las rápidas corrientes de un océano extraño. Mientras ella presidía serenamente las ceremonias del regreso al hogar, recordé lo que Tanaka me había dicho del primer encuentro de ambos en Los Angeles.

A principios de los años setenta, cuando el Grupo Tanaka estaba realizando sus primeras inversiones importantes en Estados Unidos, él supo que una joven *nisei* ofrecía una gama de servicios caros pero muy eficaces a los hombres de negocios japoneses que llegaban de visita. Se anunciaban los servicios en un folleto, diseñado por un famoso grabador, impreso en Tokio y suministrado únicamente a los ejecutivos de alto nivel de las principales corporaciones. Esa fue la primera sorpresa: cuánto sabía ella de las

complejas estructuras de la empresa japonesa. La segunda fue que ofrecía servicios comerciales: secretarías bilingües, intérpretes, instalaciones de oficina provisionales, contratación de limusinas, organización de viajes, listas de abogados y contadores familiarizados con los negocios japoneses. Además, ofrecía instalaciones para conferencias y entretenimientos en escala reducida —almuerzos y cenas— en su propia casa, una mansión discreta que estaba en Holmby Hills.

Kenji Tanaka se sintió impresionado por el folleto, pero se mostró escéptico frente a las promesas. Su educación lo inducía a desconfiar de la exageración norteamericana. Además, conocía las costumbres de los hombres de negocios japoneses en su propia patria y en el extranjero, y no podía creer que se excluyesen del menú los servicios de carácter sexual. De modo que preguntó al viejo Okawa, de Sumitomo, un hombre que como él sabía era brioso como un macho cabrío, y que siempre estaba dispuesto a establecer relaciones en una ciudad nueva. Para sorpresa de Tanaka, Okawa formuló una entusiasta recomendación.

—Esa mujer es muy eficaz. Suministra lo que promete. Además, sabe cómo funciona la ciudad. Ella misma explica que las prostitutas y las drogas son el territorio de los pistoleros, lo mismo que en Japón... De modo que rehusa mezclarse en eso. Sí, tiene relaciones en la policía, por si alguno de sus clientes se enreda en problemas; pero insiste en que no le interesan las travesuras y las convenciones ruidosas de los vendedores. Estamos usando cada vez más sus servicios. Su desempeño como anfitriona corresponde al antiguo estilo, y es muy refinado. El personal que ella provee está bien instruido. He comprobado que es beneficioso tener su consejo. ¿Por qué no la conoce y juzga por sí mismo?

De modo que Kenji Tanaka había concertado su primera cita en la casa de Holmby Hills. Había comenzado entrevistando a Miko, con el estilo superior de un hombre frente a

una mujer, de un empleador frente a un candidato ansioso. Pero en definitiva él mismo se encontró sometido a examen, se le pidió que suministrara referencias, y se le advirtió que se lo consideraría responsable de la conducta de las personas a quienes recomendase. Y sin embargo, de un modo sutil, su orgullo —el inestable orgullo de todos los varones japoneses— quedó a salvo, y finalmente Tanaka se sintió impulsado por el deseo propio de un joven de poseer a esa exótica criatura, tan grácil y al mismo tiempo tan distante.

Necesitó casi un año para convencerla de que fuese su amante. Incluso entonces no fue una conquista, sino un acuerdo. No se habló de matrimonio. Tanaka ya tenía esposa y tres hijos —dos niñas y un varón—. Tampoco Miko aceptó convertirse en una amante tradicional, mantenida con elegancia y estilo como adorno y prueba del éxito del gran hombre. No podía ni deseaba aceptar el papel tradicional de las mujeres en Japón. Su empresa tenía éxito, y ella poseía su propio dinero. Era norteamericana nativa. Deseaba profundamente descubrir sus raíces ancestrales. Y conservaba el derecho de elegir los momentos y los lugares de su periplo.

Cuando él la llevó por primera vez al valle, Miko se enamoró del lugar. Lo envolvió alrededor de su personal, del mismo modo que las paredes del cráter se cerraban alrededor del lago y mantenían calmas sus aguas mientras las tormentas de la montaña se desencadenaban furiosas en las alturas.

Aquí se había embarazado, y allí se había recuperado después de que su hijo nació muerto. Ahora había estado de regreso, porque Tanaka le había enviado el mismo mensaje que a mí: «Por favor, ven. Suceden cosas importantes. Necesito tu apoyo».

Concluida la ceremonia de la bienvenida, Miko llevó a Tanaka a las habitaciones privadas de ambos, con el fin de prepararlo para el baño en la gran tinaja de madera que

aún olía a savia de pino y flores montañosas. Se suponía que yo debía reunirme con ellos más tarde. Del mismo modo, se suponía que ellos permanecerían solos durante un intervalo apropiado. Yo sabía que éste era el tipo de servicio personal que Kenji Tanaka ansiaba un servicio que satisfacía su anhelo más profundo y más secreto, el de flotar seguro como un niño que aún no nació en el fluido amniótico, rodeado por el cuerpo materno, respondiendo al ritmo del latido materno. Privado en la niñez de su propia madre, viviendo con una familia sustituta, exhortado siempre por el tutor y el padre a demostrar su excelencia masculina, la vida creada por su propia fantasía se había concentrado cada vez más en la imagen de la madre perdida, y ello incluso mientras su carrera mostraba cada vez más claramente los perfiles del imperioso aventurero del comercio.

El carácter real del vínculo entre Miko y él se expresaba exactamente en el verbo japonés *amaeru*: contar totalmente con el amor de una madre, depender como depende un niño. En el caso de Miko, la dependencia de Tanaka era una garantía contra la tiranía doméstica. Tanaka sabía que el amor de Miko podía ser denegado instantáneamente; de modo que la ausencia misma de la mujer era una amenaza implícita. Incluso en el juego se manifestaba el minúsculo pinchazo del acero, la amenaza tradicional envuelta en las palabras de amor. *Okachan wa kirai yo*: ¡Mamá ya no te ama!

Yo comprendía estas cosas porque había conocido a Tanaka desde mucho antes que Miko, porque era mi socio en negocios y ambos habíamos actuado juntos en ese mundo flotante donde, puesto que hablaba su idioma y conocía sus costumbres, no era por completo un extraño, sino un interesante híbrido, un imprevisto toque de color en un jardín de piedras grises y guijarros gastados.

Cuando formulo una afirmación de este género —y mis hijos me dicen que las formulo con excesiva frecuencia— generalmente hay una pausa embarazosa mientras la gente

espera cierta explicación de mi propia identidad, de lo que hago y de la razón por la cual me encuentro en situaciones extrañas —por ejemplo, sentado y envuelto en una *yukata*, esperando que la criada me atienda, de manera que Tanaka y yo podamos relajarnos y charlar de asuntos de negocios.

¿Quién soy? Soy Gilbert Anselm Langton, de cincuenta y tantos años, aunque me siento mucho más viejo. Soy editor, y accionista principal de un grupo internacional llamado Prensa Políglota, que fue fundado en Sydney, Australia, y ahora tiene sucursales o filiales en el mundo entero. Mi padre —¡Dios proteja su alma de erudito!— había ocupado durante un cuarto de siglo la cátedra de lenguas comparadas de la universidad, y él me ayudó a trazar el plan, me dio capital suficiente para iniciar la empresa, aportó todo el aliento que yo necesitaba y más ideas que las que podía usar en el curso de una vida.

Pero antes de todo lo anterior, me había dado el don de los idiomas. Mi madre murió cuando yo era muy pequeño, y mi padre consagró todos los momentos de su vida de ocio a lograr que yo, como él mismo decía, fuese «capaz de llevar una vida de gitano en un planeta cada vez más pequeño». Sepultó tan profundamente su dolor que yo lo entreveía sólo en raras ocasiones. Todo lo que él me permitía ver era la alegría de las cosas, el desafío de los lugares nuevos, la gente nueva, la historia antigua revivida, la historia nueva que está forjándose. Él también era políglota, y me dio la clave de la Torre de Babel, donde las lenguas del mundo arrancan ecos irremediabilmente confusos. Me enseñó a descifrarlos, recordarlos, y convertirlos en el circulante del comercio cotidiano. Me relató anécdotas de los grandes filólogos, Pallas y Bakmeister y Joseph Justin Scaliger, y el más grande de todos el cardenal Joseph Caspar Mezzofanti, que nació en Boloña en 1774 y murió en Roma en 1849.